

A 40 años del Golpe



Breve antología de microcuentos leídos en la Semana de la Memoria y los Derechos Humanos. Centro Cultural Estación Mapocho, agosto de 2013.

Leyeron sus textos: Gabriela, Aguilera, Lilian Elphick, Martín Faunes, Paola Monti, Maribel Quintana, Patricia Rivas, Yosa Vidal, Susana Sánchez y Roger Texier.

Corporación Letras de Chile



Gabriela Aguilera

Lena

A Lilian Elphick, una Bella

Me acusan de conspirar contra el tirano. Me llaman subversiva, terrorista. He caminado las calles de mi ciudad para llegar a los puntos convenidos. Ése donde no estaba el que debía estar a la hora precisa, era un lugar para abandonar de inmediato. Aun obedeciendo la instrucción, caí en una traidora maniobra de cazabobos. Todo es oscuridad en mis ojos abiertos. Una mano suave acaricia mi frente y una voz murmura, “Entrega los nombres”. Empuñada, otra mano me golpea. La noche es mis dedos quebrados, mi carne en llagas. Es frío y desnudez. La noche es después un silencio que me invade. La noche es estar amarrada, patiabierta, temiendo que la voz y la mano suave se me acerquen porque es imposible resistir el murmullo en el que recuerdo hogar, té con leche y la levedad de un beso. Vendrá nuevamente el fuego indetenible del suplicio y tras él, la voz. “Entrega los nombres”. Pongo la lengua hinchada entre mis dientes delanteros y cuando la descarga me atraviesa muerdo con fuerza, hasta abajo, hasta arriba. El dolor me corroe y la lengua resbala enrojecida sobre mi pecho. La sangre me ahoga. Ningún nombre saldrá de mi boca. Nunca sabrán cuáles son los que son.

Conferencia de prensa

El General Conquistador se planta delante del detenido. Es un hombre enflaquecido que mira al general con ojos aterrados. Los soldados lo han golpeado cuidando de no tocar su rostro. “Leerás un comunicado para el mundo”, ordena el general, “si te equivocas, te mueres”. Se encienden las luces. Los periodistas ponen un micrófono ante él. La cámara lo enfoca tras una mesa que cubre sus pies atados. El hombre es incapaz de controlar el temblor de sus manos. Un periodista le entrega una hoja en la que está escrito lo que debe decir. Otro pone ante él un vaso de agua. El hombre lee haciendo esfuerzos por modular correctamente y que su voz se escuche firme. Es una proclama por la liberación de la ciudad. “Nos han tratado bien, han respetado nuestros derechos”, dice la proclama. Las luces y las cámaras se apagan. Los soldados sacan al hombre a la calle y lo obligan a ponerse de rodillas. Uno de ellos mete el cañón de su arma en la boca del hombre aterrado. “Esto es para el mundo”, le dice, y dispara.

(de El sendero de las Lágrimas)

Negociación

A falta de interlocutores militares, el General Conquistador se reúne con el maestro de escuela de la Ciudad de Plata. Debe terminar ahora mismo con los escasos focos de rebelión. “Al que deponga las armas, le garantizo la vida”, dice, mirando al maestro a los ojos, “Te doy mi palabra como hombre y como general”. El maestro es un hombre de paz. Ha enseñado a los niños de la Ciudad de Plata durante demasiados años. Es un poeta, de modo que la palabra, aunque sea la de un general, tiene un gran sentido para él. “Convéncelos de que se entreguen”,

agrega el general, “Elige si quieres sobrevivir o desaparecer”. El maestro traga saliva. “Yo no soy el hombre que pueda lograr lo que usted quiere, no soy un guerrero, soy solo un maestro de escuela”, dice. El general frunce el ceño. Se levanta y golpea la mesa con la mano empuñada. “¿Crees que Dios vendrá a ayudar a los tuyos?”, grita, “Para que sepas, ya Dios no puede hacer nada por ustedes. Yo sí”. El maestro se encuentra con todos los fantasmas que lo han atormentado desde que empezó aquella guerra, especialmente aquel que susurra en su oído que Dios no existe.

(de El sendero de las Lágrimas)

Gabriela Aguilera es narradora y tallerista. Ha publicado “Doce Guijarros”, (cuentos, 1976), “Asunto Privados”, (cuentos, ed. Asterión, 2006), “Con Pulseras en los Tobillos”, (microcuentos, ed. Asterión, 2007), “En la garganta”, (cuentos, ed. Asterión, 2009), “Fragmentos de Espejos”, (microcuentos, ed. Asterión, 2011) y “Saint Michel”, (micronovela, ed. Asterión, 2012). Sus cuentos han sido publicados en diversas antologías de Ergo Sum entre 1992 y 20013, así como también en antologías de Chile, Argentina, Venezuela, España y Estados Unidos. Ganó la beca a la creación literaria del CNCA en 2009.





Lilian Elphick

Tres

Escríbeme, dame forma, conmuéveme en esta primavera de nadie. Escríbeme, señala el norte de las palabras, hazme historia fugitiva para arrancarme esta piel y entregarme a tus manos. Escríbeme, inventa cómo era yo en el tiempo de las cerezas, cómo tu boca recorría las caderas y besaba el cielo del pubis.

Querías ser testigo de mis sueños. Me veías marchando por las calles, huyendo de los gases, del agua sucia de la policía. Me veías gritando consignas fabulosas, como “queremos comida”, “queremos salud”, “queremos justicia”, “queremos memoria”.

Dijeron que merecía la muerte. Así, amarraron mis pies y manos con alambre y, desde un avión, me lanzaron al Pacífico. Llevé tu nombre al agua.

No te olvides de mí: escríbeme.

Cuatro

La calle era nuestra patria. Fuimos los perseguidos, los condenados a muerte, los exiliados, los asesinados por la espalda. No nos importó la lluvia ni el frío: siempre estuvimos ahí para caminar todo eso que nos faltaba.

La calle era nuestra patria. Hacíamos el amor en la esquina de las revueltas. A mí me gustaba que acariciaras mi miedo, que pasaras la mano una y otra vez hasta llegar a la entrepierna. Nos miraban y nosotros reíamos, el pelo erizado ante el palo que golpeaba el deseo, el palo rabioso que mordía la luna caliente de tus labios.

En la calle te perdiste, amante compañero. Los años te llevan conmigo.

Cinco

Juan y Laura. Así nos llamamos. Nuestros registros dicen otros nombres. Los padres no quisieron aventurarse en lo original y recordaron que la proclama es una familia muerta a balazos.

Crecimos en el mismo barrio; fuimos a la misma escuela. Teníamos las mismas manchas de tinta en los dedos.

Tuvimos pistolas que fueron nuestras enamoradas.

Leímos *Eloy*, de Carlos Droguett.

Tuvimos toda la juventud por delante, y nos amamos bajo los álamos del invierno. Algún día, dijimos, todo esto va a cambiar, mientras la bencina escurría por nuestros cuerpos.

Nos enterraron juntos, hueso contra hueso.

Lilian Elphick (Santiago de Chile, 1959)

Es Licenciada en Literatura por la Universidad de Chile, directora de talleres literarios y editora de la página web de la Corporación Letras de Chile, institución que preside a partir de 2013.

Ha publicado: *La última canción de Maggie Alcázar* (Cuentos, 1990); *El otro afuera* (Cuentos, 2002); *Ojo Travieso* (Microrrelatos, 2007); *Bellas de sangre contraria* (Microrrelatos, 2009), que obtuvo el Premio Mejores Obras Literarias Editadas, categoría cuento, del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Santiago, Chile, octubre 2010; *Diálogo de tigres* (Microrrelatos, 2011), y *Confesiones de una chica de rojo* (Microrrelatos, 2013).

Ha sido incluida en numerosas antologías de cuento y microrrelato, tanto en Chile como el extranjero.





Martín Faunes A.

Recursos escasos

No se encontraban desde hacía casi cuarenta años. Hablo de una temporada en que les había correspondido toparse en múltiples ocasiones, ella como clienta, él como proveedor de servicios.

Claro que ahora el encuentro tenía razones diferentes: estaban en la sala de espera de un hospital. La dama venía por un problema de ceguera prematura provocada por períodos prolongados de vendas en los ojos, el hombre por otra anomalía que sólo pude conocer después. Es importante decir que no se reconocieron o no al menos al principio y que cuando el hombre se dio cuenta de quien era la dama que tenía en frente, en vez de saludarla prefirió esconderse tras de un periódico haciéndose el que leía.

No le sirvió de mucho porque a ella que veía muy poco, con el oído agudizado escuchó perfecto cuando el hombre preguntó a la enfermera si el médico ya estaba atendiendo, y eso, a pesar de que el tipo, tal vez por costumbre, dijo lo poco que dijo apenas musitando. Y claro, porque se sabe que quienes ven mal escuchan demasiado bien, a pesar del bajo volumen de la voz del hombre, la mujer buscó entre sus recuerdos y al reconocer la voz del hombre no ocultó para nada esa percepción, todo lo contrario. Lo que no se entiende es por qué el tipo, en cuanto la mujer se puso de pie con ademán de acercársele, se retiró precipitadamente

desaprovechando su hora al psiquiatra, el cual es hoy por hoy un recurso escaso y se hace cada día menos alcanzable con todos los que andan por ahí arrepentidos por haber apretado tanto las vendas en los ojos de las cautivas y por haberles hecho también otras cosas que francamente nadie podría perdonarlas.

Botas Beatle

Casi no tenía zapatos. Apenas unos con cartones que se los tenía que estar acomodando. No exagero, sin trabajo pasan estas cosas. Venía saliendo de una tienda donde era seguro me darían el puesto, pero no, y qué iba a decirle ahora a mi vieja.

Me topé con el Motta, querido amigo, pelusón de conventillo, hoy sin embargo con chaqueta, chaleco y corbata, y pantalones pata de elefante.

-Me piso unas ñatas –dijo -¿no querriai tú?

Le aclaré que siempre había sido alguien decente.

-No te quejís entonces, marica.

Nada más dijo, nada más pregunté, y esa espalda que vi alejarse era la de mi amigo querido, el Motta.

En esta historia, sin embargo, no podría haber mayores sorpresas. Heme aquí por eso, estudiante pobre, desnudo ante esta veterana que en enaguas abre la boca y se moja los labios porque piensa que así tal vez puede entusiasarme. Yo me concentro mientras tanto en la Panchita de la vez en que lo intentábamos pero no pudimos hacerlo de pie entre las cortinas del Cine Hollywood, ése de Irarrázabal, y ella, la bonita, sin que yo se lo pidiera se inclinó para tomarlo en su boca.

Fuerzo para eso esa imagen suya para que me borre la de esta clienta cuyos ojos han ganado la turbiedad de los de aquellas zorras rabiosas sorprendidas en gallineros. Me indica con su mirada que debo acudir porque no me paga por seguir esperando.

Me digo entonces “por fin un trabajo” y voy. Voy a ganarme el puchero para mi vieja y unas botas negras cortas medio taco, cremallera de bronce: mis primeras botas Beatle ganadas con el sudor de mi frente.

Terrón de azúcar

Había sido un viaje agotador en extremo, y nosotros, pasajeros no precisamente de primera, nos pasábamos noches y noches procurando a pleno suelo dormirnos, para así soñar con lo que pudiera esperarnos al otro lado del mundo.

Cerca nuestro una familia de asturianos, padre, madre, hija y hermanos menores. La muchacha que dormía sonriendo, en uno de los tantos giros que se dio, dejó escapar un pie blanco por fuera de las mantas.

Entre el vaivén del barco, el piso helado, sus quince años y mis diecisiete todavía sin cumplir, no me fue fácil explicarle lo que pretendía hacer con su dedo gordo del pie en mi boca cuando despertó sorprendiéndome... claro que mucho más me costó explicárselo a su madre.

Pues, has de saber, chiquito, que aquella muchacha del pie dulce era nada menos que tu abuela.

Martín Faunes Amigo es escritor, gestor cultural, historiador informal y editor. Es autor de la novela *Viajera de los nombres supuestos* y de los libros de cuentos, historias de vida y ensayos *Tranvía equivocado* y *Cuentos para leer y sonreír*. Es también coautor de *Fantasmas en la red*, *Ráfagas de versos y bytes*, *Las historias que podemos contar*, *Diferentes Miradas: Las historias que podemos contar, volumen II*, *Aulas que permanecerán vacías: Las historias que podemos contar, volumen III*, *Una experiencia para no olvidar: casa de tortura de José Domingo Cañas*. Faunes es también coautor del libro de guiones de cine *Lo duro y lo hermoso al final del Siglo XX*, patrocinado por la Escuela de Teatro de la Pontificia Universidad Católica, y ha sido incluido en las revistas y antologías más diversas de editoriales como Alfaguara y la italiana Feltrinelli, así como en las editoriales nacionales LOM, Mosquito, Ergo Sum y Simplemente Editores. Su último libro publicado es *Un lápiz de pasta marca BIC y otras historias subterráneas*, Cuarto Propio, 2013.





Paola Monti

Presentes

A mis compañeros de universidad

El profesor dictaba su clase desde el frente de la sala. Aún siendo los ochenta hablaba del Quijote como si se tratara de un libro recién lanzado. Otros maestros nos enseñaban de Bertold Brecht, de semántica y morfemas, de métrica y lingüística; y más allá de lo ocurría afuera, aún parecía tener sentido.

Largas filas de a dos, luchas sin luna, contenían los pupitres.

Yo acostumbraba sentarme al fondo. La silla delante mía la ocupaba un joven para quien nada estaba ocurriendo, a su derecha había un asiento vacío de un compañero que nunca volvió, delante de él tomaba su puesto el compañero más ruidoso, un grito que intentaba articular la palabra libert , a mi derecha se sentaba la alegría de estar vivo y a mi izquierda, pestilente, el miedo.

Por detrás de mí se situaban los alumnos de pie. Siempre llegaban en grupo, no perdían ni una sola clase, eran el dolor, la humillación, el silencio, la intolerancia y el horror.

Estigmatizada

Al dormirme soñaba que era un hombre y era golpeado. Que era una mujer y me violaban. Que era un anciano y era torturado. Que era un niño y me separaban de mis padres. Que me encerraban y tenía hambrefrío.

Cada mañana sumaba nuevas heridas, amanecía entre gritos, con quemaduras de cigarrillo en los brazos, con el ano sangrando, con las costillas rotas.

El general, mi padre, nunca leyó en mi cuerpo la relación entre mis heridas y el horror que, debido a él, habitaba la noche.

Patchwork tibetano

Sentíamos vergüenza de mirarnos unas a las otras, el hambre pone pudorosas hasta quienes comparten la misma suerte. Éramos cien las presas; sobrevivimos cuatro.

La colcha que me cubre está hecha de retazos, un jirón del vestido de cada una de mis compañeras muertas.

La pongo sobre mis piernas, mi mano acaricia su superficie y recuerdo cuando eran vestidos.

La memoria enfría la manta.

Paola Monti

- Narradora y dramaturga.
- Ha publicado el libro de cuentos “Tránsitos Urbanos”.
- Sus cuentos han sido publicados en diversas antologías.

- Fue directora de la compañía de Teatro Incidental que intervenía espacios públicos y llevaba el teatro a lugares no convencionales.
- Ha sido guionista de teatro y televisión.
- Su comedia, “Mi Novia Calza 44”, ha sido presentada en festivales y teatros nacionales.
- En teatro ha escrito “Arribistas” y “Limpiando tu huella”, una comedia ecológica.





María Isabel Quintana

Tejedora

Sin aviso previo, la despidieron de la fábrica. Dicen que arrastró una silla a la puerta de su casa y se sentó a mirar el vacío. Dicen que la comida escaseó, que la familia se desperdigó.

Depresión, diría el hombre del consultorio.

Terapia ocupacional, dijo la funcionaria.

Entonces las manos comenzaron a bordar. Figuras fantasmales aparecían entre los pliegues de los visillos y en las sombras de los árboles. Los hilos enredaban el día y la noche. Las puntadas iban y venían sin control. Las manos febriles, trabajaban.

Dicen que a partir del lunes, demoraron tres días en descoserla del enorme tapiz que representaba las rejas de la fábrica.

Tareas obligatorias

Me encontraba apoyado en la baranda mirando el mar. A mi lado, un hombre permanecía con la mirada en el vacío. Desde lejos, la neblina se acercaba

amenazadora, como un manto blanco, desflecado en los bordes. El hombre, jadeante, con los ojos desorbitados, estiró los brazos en actitud de rechazo. Cayó de rodillas, gimiendo: ¡No, yo no fui! ¡Eran las órdenes! Subió la voz, gritaba: ¡Por favor! ¡Yo no quería! ¡Eran las putas órdenes! Se cubría la cara con las manos. Lloraba.

Pobre hombre, por lo visto era en los días de niebla que, vaya a saber uno, qué fantasmas se le aparecían. Aunque en ese estado, algo me decía que sus pesadillas volverían también en días claros.

Con la misma cara

Carrasco, frente al espejo, vio la misma cara anodina de todos los días. Las cejas caídas, los ojos sin brillo, la boca de labios delgados. Hizo una mueca enseñando los dientes. Eran redondeados y demasiado pequeños para un hombre grande. Le hubiera gustado tener un rostro más rudo, más acorde con su apellido.

Llegó temprano al trabajo. Se aseguró que el recipiente tuviera suficiente agua limpia. Le gustaba conservar en buen estado las uñas que arrancaba con prolijidad. Enfrentó al primero. Costó cinco uñas sacarle la información. Siguieron otros. Fue un día agotador. Se lavó las manos y la cara. No estaba conforme. Nunca antes se había salpicado la cara. Había notado que el alicate estaba perdiendo efectividad, tendría que solicitar uno nuevo.

Terminó de secar su cara frente al espejo. Nada había cambiado, ahí estaba, la misma cara anodina de todos los días.

María Isabel Quintana inicia sus actividades literarias en Coyhaique, Región Carlos Ibáñez del Campo. Columnista durante un año en el Suplemento literario Alhuén del diario *El Divisadero de Coyhaique*. Es socia de la Corporación Letras de Chile. Obtiene la Beca de Escritores el año 1999. Ha sido antologada en

Cuentos integrados de la región Patagónica y en Cien microcuentos chilenos, selección de Juan Armando Epple, 2002.

Ha publicado *El último dinosaurio y otros cuentos*, 2002; *Con la muerte en la cartera*, 2003, y *Vivir en Puerto Aysén. Diario de Noemí Coyopae*, 2012, premio Escrituras de la Memoria, Consejo Nacional de la Cultura y de las Artes, 2010.





Patricia Rivas

Los niños que no pudieron ser niños

Parte I

Érase una vez un niño que al momento de nacer, su padre pasó a formar parte de la nómina de desaparecidos.

Ante la amenaza de muerte que acechaba a la madre y sus hermanos, debía relatar cotidianamente que el padre había muerto de un ataque al corazón.

Le dificultaba jugar a la hora del recreo escolar, pensando si la madre estaría en casa o se la habrían llevado. También imaginaba el semblante del padre, por si algún día viniese a abrazarlo a la salida del colegio.

Cuando en el hogar intentaba entretenerse como los demás niños no podía hacerlo, debía estar alerta si venían los militares. Y en la posibilidad que la madre no regresara, saltar la pandereta del vecino y dirigirse rápidamente a la Vicaría de la Solidaridad o a una Embajada.

Llegado el ocaso, tras divertirse durante la tarde con sus pares del barrio, acometía la duda si lo asesinarían a él y su familia durante el toque de queda, el

cual aguardaba. La fantasía infantil era suponer que no existía el militar encañonando la vivienda.

Destrozada la familia, aprendió a apoyarse y conocer las normas de integración social en las de amigos.

Hoy adulto siente orgullo de su historia y del padre que luchó hasta la muerte por ideales de equidad. Considera que debemos dominar los persecutores internos, logrando tranquilidad consigo mismo y juntos obtener el preciado bienestar social.

Los niños que no pudieron ser niños

Parte II

Érase una vez dos niños, el primero hijo de un C.N.I. y tenía de mejor amigo a otro con el padre desaparecido.

El segundo vivía en el exterior, se crió hablando español en casa e inglés afuera para sociabilizar e integrarse. Ansiaba conocer el país que los expulsó, donde sus progenitores habían nacido y con dolor no podían regresar.

El hijo del C.N.I. era amable y muy buen compañero.

La parentela del desterrado que permaneció en el país lo llamaba “gringo” juzgándolo sin preguntarse cómo se sentía realmente, sólo porque tenía muy buena situación económica. Ellos se habían quedado enfrentando la difícil circunstancia que afectaba la nación.

Un día salió en televisión la noticia que los del Frente Patriótico habían asesinado al padre C.N.I. por estar involucrado directamente con crímenes, torturas y demás violaciones a los Derechos Humanos.

El mejor amigo lo abrazó comprendiendo la eventualidad de que el homicida podría haber sido el que le arrebató el padre, pese a todo los amigos son amigos, los niños son niños, el dolor era el mismo.

Llegó el anhelado día en que el expatriado conocería su país, la familia estaba dichosa, por fin volverían a casa. Pero él no hallaba sus raíces ¿Dónde estaban realmente?

Hoy, adulto, aún permanece deambulando.

Actualidad

A 40 años del bombardeo, aún visualizo los cadáveres flotando en la corriente de un Mapocho ensangrentado. A pesar de pretender restaurarlo como un entorno de placentero turismo, jamás podré navegar sobre cuerpos que gimen por torrentes de justicia.

Patricia Rivas

Escritora, integrante de Letras de Chile. Nace en Santiago (1975). A los trece días de su nacimiento detienen y desaparecen a su padre durante la dictadura militar. Publica su poema “Oda a la Paila” en el libro *Kaleidoscopio* (1995) del Taller de Poesía dirigido por Amanda Fuller. Participa desde el año 2007 en los Talleres Literarios de Pía Barros, con quien ha publicado en los Libros *Objeto Ni una más* (2007), *Perraje en crisis* (2008), *No molestar* (2012) y en la Antología *iBasta! 100 mujeres contra la violencia de género* (2011) la cual se publicó en formato bilingüe (2012). Obtuvo la Beca de Creación Literaria para escritores emergentes del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (Cuentos 2007) con la cual publica su primer libro de microcuentos *Hija Bastarda* (2009). Obtiene Beca de Creación Literaria para escritores profesionales (Cuentos 2013) con el libro

Infantil Ilustrado Bilingüe *Concierto Tomicomusical*, el cual posee temática Medioambientalista. Participa en el Carrusel de microcuentos del IV Encuentro Nacional de Minificción *Sea breve, por favor* y en el Carrusel de microcuentos : (Derechos Humanos a 40 años del Golpe Militar) organizado por el Instituto Nacional de Derechos Humanos.





Susana Sánchez Bravo

Noches de toque

Por más que se apresura el paso, las horas previas al toque de queda siempre avanzan más rápido que uno, y si el último bus se atrasa, las ocho cuabras hasta la seguridad de la casa son un vacío elongado, invadido con el resonar de los tacones. Los vanos de las puertas se transforman en precarios refugios, puestos de información, cajas de resonancia de advertencias sin rostro: “¡Cuidado, están en la esquina!”, “Se han llevado a dos”. Y uno se escabulle entre los vehículos estacionados y aguarda con otro, en un espacio ínfimo.

Un jeep militar rueda calle abajo, sin luces y sin ruido. Un foco encendido de pronto busca entre las sombras, las puertas y los árboles. Nos hacemos mínimos. El vehículo se va acercando, el desconocido susurra su nombre, profesión y número de teléfono: yo le correspondo con mis datos. La luz del foco lame los techos de los autos. Nos aplastamos contra la solera, un nudo que huele a tabaco y a miedo.

Un perro callejero sale de entre los árboles, ladrando, defendiendo furiosamente su territorio.

-¡Me lo echo, sargento?, pregunta una voz.

-¡No gaste pólvora en gallinazos!, responde otra.

Levantamos la cabeza cuando dan vuelta la esquina. El perro nos mira y vuelve al pie del árbol, se ovilla y cierra los ojos.

Somos sombras fugaces que corren pegadas a la pared.

Antes de seguir corriendo agradezco al animal, tocándole.

Vuelta atrás

Deseo que todo vuelva a ser lo que era hace un minuto. El estallido implosiona y la sangre que salpica la ventana se despega en esferas ínfimas para licuarse en el hilo rojo que se escurre en la rotura de mi sien, devolviéndola a su fuente, expulsando el proyectil. Los trozos de cerebro regresan a su lugar, se tapia el orificio del hueso, la bala vuelve a la pistola y ella a la mano que la deja sobre la nota de despedida. Las palabras se diluyen. La hoja en blanco es un espacio terrible que recorta la silueta oscura del arma, transformándola en el pomo de una puerta que se abre hacia el olvido.

Estados

Cinco mujeres, en el vestidor de la piscina municipal, constatan que todas tienen cicatrices en sus cuerpos.

-Mi padre –dice la vientre quemado- por demorar con el agua para el té.

Nadie dijo nada.

La del pecho mutilado agrega:

-Marido maltratador. Libre.

Avergonzada, la del meñique faltante, cuenta:

-Hijo drogadicto; vive conmigo.

-Mi supervisor me partió la rodilla con un fierro por sumarme a la huelga de la fábrica. Ni siquiera lo encarcelaron –agrega la de la pierna tiesa.

La última se gira y muestra la espalda quemada del cuello a los tobillos, en un patrón de rayas:

-Ejército de Chile –dice. Parrilla eléctrica, cinco años presa, golpeada y violada. Ellos siguen donde mismo.

Susana Sánchez nació en Valparaíso, realizó estudios universitarios en la Universidad Técnica del Estado. Su área de competencia es la Publicidad y la Comunicación.

Ha sido docente en universidades chilenas y extranjeras, entre ellas, el Politécnico Nacional de México y la U. de Oslo, Noruega, durante un exilio que se

extendió por quince años y tres países. Ha publicado en las antologías *Cuentos Chilenos*, Edt. Kinkulén, Berlín; *Viernes con Bach*, Edt. Pegasus, Ámsterdam; y en las publicaciones del Taller de Pía Barros. Su primera novela, *Espacios Condenados*, es publicada el 2004 por Edt. Cuarto Propio. Edt. Asterión publica el 2007, *Secretos Menores y non tanto*, textos y minificciones; *Ojo de Medusa*, 2011, y *El Círculo de las Bacantes*, 2013.





Roger Texier

Ambientes

Cuando allanaron los calabozos se convencieron que en aquel sector en particular, más que ambiente de celda, lo había de célula.

Kryptonita

-¡A luchar por la justicia!

Era su exclamación predilecta, se disculpaba con los presentes y salía raudo. La repitió aquella vez también mientras distribuía volantes en los accesos a la manifestación.

Muchos declaran ser testigos de cómo lo arrastraron hasta el bus de la policía.

No tiene nombre

Ya perdió la cuenta del tiempo que lleva ahí sin poder ver a los suyos. Cada tarde deja su camastro y se acerca al ventanuco, mira hasta donde alcanza y echa a volar sus pensamientos. Oyó decir que en la tierra del abuelo la mirada se pierde sin topar un cerro. Qué bien se sentiría si no hubiese cerros, si su vista y sus sueños pudieran llegar al mar. Pero sabe que no es posible. En el tiempo que lleva ahí, aprendió que tropezarán en los muros o en las botas de sus custodios.

Roger Texier. Valparaíso (1955). Médico-Cirujano (U. de Chile). Muchos maestros, varios talleres, algunas publicaciones. Poemas y cuentos en el cajón. Participó en el III y IV Encuentro Nacional de Minificción “Sea breve, por favor”, Valparaíso, Chile, 2011, y Santiago, 2013, respectivamente.





Yosa Vidal C.

Donde dice: "Debe decir", debe decir: "Donde dice debe decir"

Donde dice derechos humanos debe decir otra cosa. Debe decir zurdos, curvos, páginas en negro, espejos multifocales, caleidoscopio de un caleidoscopio. Los derechos humanos no se debieran decir. Donde dice: donde dice debe decir, debe haber un espacio vacío.

Los ayunadores de Pachacamac

Hay artistas del hambre que dejan de comer durante 40 días para luego levantarse gachos, tomar con sus dedos una gorra que pasan entre el público y así juntar dinero para una cazuela, enjundiosa, ojalá cocinada por sus madres. Están los huelguistas de hambre, que por distintas causas deciden no comer hasta que ven reivindicadas sus luchas, o mueren con los ojos perdidos en un muro ruin, imaginando la libertad, la justicia o una pierna de cordero asada al palo durante 12 horas. Pero de los ayunadores del mundo, los de Pachacamac fueron los más profesionales: devotos de un oráculo demoníaco, debían ayunar hasta un año para visitarlo en la parte más alta de la mezquita y así consultar el futuro. Los últimos

ayunadores de esta ciudad habían llegado finalmente al báculo sagrado, y débiles esperaban una respuesta por su futuro: era 1533 y Hernando de Pizarro subía a zancadas los escalones para hablar con el falso Dios. Cuando sintieron los trancazos contra la puerta, decidieron no abrir pues sólo podía entrar ahí aquel que había dejado de comer por un ciclo completo, y entonces el español sulfurado, prendió fuego al santuario y todo lo que había ahí desapareció para siempre. Pero antes de que murieran, Pachacamac proyectó sobre las mentes de los ayunadores la imagen de un plato vacío, sólo con restos de cuero y huesos de un cuye recién devorado.

Industria cultural

Hoy Bermúdez, con sus ojitos claros de comerciante, explica que su anonimato es por culpa de esa fatal costumbre de la historia en ser injusta con los mejores. Pero hay algo que el escritor oculta, y es que él ha perseguido el silencio de la misma forma en que persiguió a los dueños de los libros que ahora vende a precio de reliquia, porque nadie más los tiene, porque todos fueron quemados. Lo realmente perverso es que Bermúdez es un buen escritor.

Yosa Vidal es profesora de Castellano, licenciada en Literatura por la Universidad de Chile y Master en Arts por la Universidad de Oregon. Ha sido becaria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y también de la CSWS Foundation de la Universidad de Oregon. Ha publicado poemas y cuentos en diversas antologías, entre ellas *Voces menos 30* (2011). Es autora del libro de cuentos infantiles *Érase otra vez* (2011) y la novela *El Tarambana* (Tajamar, 2013).



ÍNDICE

Gabriela Aguilera	2
Lilian Elphick	5
Martín Faunes A.	8
Paola Monti	12
María Isabel Quintana	15
Patricia Rivas	18
Susana Sánchez B.	22
Roger Texier	26
Yosa Vidal	28





De izq. a der. Gabriela Aguilera. Maribel Quintana, Susana Sánchez, Roger Texier, Yosa Vidal y Patricia Rivas.



De izq. a der. Paola Monti y Martín Faunes A.

Sala Pedro Prado, Centro Cultural Estación Mapocho, agosto 2013.

